MI LUCHA

ADOLF HITLER

MI LUCHA

EDITORIAL UNIVERSO

Luque 223 Quito, Ecuador

Título del original en alemán:
MEIN KAMPF

Versión al castellano de:
C. E. ARALUCE

INTRODUCCIÓN

"Mi Lucha" ("Mein Kampf"), de Adolf Hitler, es un libro de palpitante actualidad y sin duda una de las obras de política más sensacionales que se conoce en la postguerra. Circula por el mundo traducido a ocho idiomas diferentes y hace tiempo que la edición alemana ha alcanzado una cifra de millones.

Si hasta antes del 30 de enero de 1933, fecha en que Hitler, asumió el gobierno del Reich, se consideraba a "Mein Kampf" como el catecismo del movimiento nacionalsocialista, en la larga lucha que éste sostuviera para llegar a imponerse, ahora que Alemania está saturada de la ideología hitleriana, bien se podría afirmar que "Mein Kampf" constituye la *carta magna* por excelencia de este poderoso Estado que, en el corazón de Europa, rige hoy el conjunto armónico de la vida de un gran pueblo de sesenta y siete millones de habitantes.

El carácter de autobiografía que tiene la obra, aumenta su interés, perfilando, a través de hechos realmente vividos, la recia personalidad del hombre a quien sus conciudadanos han consagrado con el nombre único de FÜHRER.

En las páginas de "Mi Lucha" el lector encontrará enunciados todos los problemas fundamentales que afectan a la nación alemana y cuya solución viene abordando sistemáticamente el gobierno nacionalsocialista. Quien juzgue sin ofuscamientos doctrinarios la obra renovadora del Tercer Reich, habrá de convenir en que Hitler fue dueño de la verdad de su causa al impulsar un vigoroso movimiento de exaltación nacional llamado a aniquilar el marxismo que estaba devorando el alma popular de Alemania. El nacionalsocialismo llegó al gobierno por medios legales, fiel a la norma que Hitler proclamara desde la oposición: *"El camino del Poder nos lo señala la Ley"*. Bien ganado tiene por eso el galardón de haber batido en trece años de lucha a sus adversarios políticos en el campo de las lides democráticas.

El socialismo nacional que practica el actual régimen en Alemania, revela, en hechos tangibles, la acción del Estado en favor de las clases desvalidas; es un socialismo realista y humano, fundado en la moral del trabajo, que nada tiene de común con la vocinglería del marxismo internacional que ex-

plota en el mundo la miseria de las masas. Hitler, que nació en esfera modesta y forjó su personalidad en la experiencia de una vida de lucha y de privaciones, sabe que dentro de la estructura de un pueblo y de su economía no caben preferencias odiosas, sino un espíritu de mutua comprensión y de justa valoración del *rol* de cada uno y de su esfuerzo en el conjunto de la nacionalidad. La ideología hitleriana, en este orden, es de una elevada ética, porque busca en el individuo la ponderación del mérito por el trabajo. El campesino y el obrero, así como el trabajador mental, todos tienen su lugar y ni a uno ni a otro puede menospreciárseles, como factores eficientes de la colectividad que integran. El Estado nacionalsocialista no es dictadura del proletariado ni puede serlo, puesto que repudia privilegios.

Uno de los órganos representativos de la prensa inglesa —el "Daily Mail"— editorializaba hace poco sobre la situación de la nueva Alemania en los siguientes términos: *"El gobierno de Hitler promete ser el más duradero de cuantos haya visto Alemania y Europa misma. En él nada hay inestable como ocurre en el gobierno de los países de régimen parlamentario, donde un partido intriga contra el otro y donde el* premier *no representa sino una parte de la nación dividida. Hitler ha probado no ser un demagogo, sino un estadista y un verdadero reformador. Europa no deberá olvidar que gracias a él fue rechazado de una vez para todas el comunismo, que con su horda sangrienta amenazaba en 1932 avasallar a todo el Continente. Que los críticos digan lo que quieran, pero no podrán negar que el gobierno nacionalsocialista ha llevado a la práctica muchas de las ideas de Platón y que lo anima una pasión altruista al servicio de miras elevadas: la grandeza de la patria, el establecimiento de la justicia social y una lealtad inmutable en el cumplimiento del deber, además del enorme progreso material que Alemania ha logrado en los dos últimos años. El número de desocupados que en 1933 llegaba a seis millones catorce mil ha quedado reducido a dos millones seiscientos cuatro mil".*

La ideología del nacionalsocialismo alemán —opuestamente a lo que propagan sus detractores— es constructiva y, por tanto, pacifista, pero no pacifista en el sentido de aceptar la imposición de violencias internacionales contrarias a la dignidad y al honor de un pueblo soberano. ¿Habrá nación alguna que, desde su propio punto de vista, sea capaz de admitir condiciones de vida diferentes a las que le corresponden en el plano general de la igualdad jurídica de los Estados, dentro del concierto internacional? El pacifismo nacionalsocialista se inspira, pues, en principios elementales del Derecho y descansa sobre la unidad moral del pueblo alemán.

En una *interview* publicada en *"Le Matin"* decía Hitler en noviembre de 1933 a propósito del espíritu bélico que se le atribuía: *"Tengo la convicción de que cuando el problema del territorio del Sarre* —que es suelo alemán— *haya sido resuelto, nada habrá ya que pueda ser motivo de discordia entre Alemania y Francia. Alsacia y Lorena no constituyen una causa de disputa".* Y añadía: *"En Europa no existe un solo caso de conflicto que justifique una guerra. Todo es susceptible de arreglo entre los gobiernos, si es que éstos tienen conciencia de su honor y de su responsabilidad. Me ofenden los que propalan que quiero la guerra. ¿Soy loco acaso? ¿Guerra? Una nueva guerra nada solucionaría y no haría más que empeorar la situación mundial: significaría el fin de las razas europeas y, en el transcurso del tiempo, el predominio del Asia en nuestro Continente y el triunfo del bolchevismo. Por otra parte, ¿cómo podría yo desear la guerra cuando sobre nosotros pesan aún las consecuencias de la última, las cuales se dejarán sentir todavía durante treinta o cuarenta años más? No pienso sólo en el presente, ¡pienso en el porvenir! Tengo una inmensa labor de política interior a realizar. Ahora estamos afrontando la miseria. Ya hemos conseguido detener el aumento del número de desocupados; pero aspiro a hacer todavía mucho más. Y para lograr esto, necesito largos años de trabajo arduo. ¿Cómo ha de creerse, entonces, que yo mismo quiera destruir mi obra mediante una guerra?".*

El problema del Sarre acaba de ser solucionado pacíficamente con la reincorporación de este territorio a la soberanía alemana, y el Führer del Reich, volviendo a sus declaraciones de 1933, ha expresado, en su discurso del 1º de marzo de 1935 en Sarrebruck, estas memorables palabras: *"El día de hoy, en que el Sarre vuelve a Alemania, no es un día de felicidad sólo para nosotros; creo que lo es también para toda Europa. Confiamos que con este hecho mejorarán definitivamente las relaciones entre Alemania y Francia. Tiene que ser posible que dos grandes pueblos se den la mano para afrontar en común esfuerzo las calamidades que amenazan aplastar a Europa".*

Estos antecedentes son de singular trascendencia en los anales de la historia europea de la postguerra, porque provienen de la figura contemporánea más discutida de Europa en cuanto a los verdaderos fines de su política, que significa la creación de una nueva forma de Estado y el triunfo de una nueva concepción de gobierno; aspectos, por cierto, de enorme interés para la ciencia de la Política y para las enseñanzas que de ellos deduzcan, adaptándolos a sus propias necesidades, los pueblos amantes de su nacionalidad y ávidos de progreso y de renovaciones sociales.

El libro "Mi Lucha" comprende dos partes. Para la mejor comprensión de la obra, conviene tener en cuenta que la primera parte fue escrita en 1924 y la segunda en 1926.

EL TRADUCTOR

DATOS BIOGRAFICOS DE ADOLF HITLER

1889	20	de	abril	Nació en Braunau sobre el Inn. Sus padres procedían de la región de Waldviertel, en la Baja Austria. El padre fue funcionario aduanero. Adolf Hitler pasó los años de su juventud en Lambach.
1903				A la edad de catorce años va a Viena donde trabaja como auxiliar de albañil.
1912				Se traslada de Viena a Munich, donde gana su sustento trabajando como carpintero y luego como dibujante de arquitectura y acuarelista.
1914	3	de	agosto	Se enrola como voluntario en el ejército alemán.
1916				Combate en el frente del Somme. Es ascendido a cabo y merece la condecoración de la "Cruz de Hierro".
1916	7	de	octubre	Cae herido y es enviado al hospital de Beelitz, cerca de Berlín.
1918	14	de	octubre	Sufre envenenamiento por gas y queda temporalmente ciego.
1919				Dado de alta en el hospital de Pasewalk, en Pomerania, vuelve a Munich. Interviene en política e ingresa en el Partido Obrero Alemán.
1920	24	de	febrero	Actúa por primera vez como orador en el mitin inicial del Partido.
1920				Consagra la swástica como emblema de su partido.
1920	20	de	diciembre	El diario "Völkischer Beobachter" pasa a ser el órgano central del Partido.

1921				Cambia el nombre de su partido por el de "Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista". Organiza la S. A. como fuerza encargada de garantizar el orden en los mítines del Partido.
1923	8	de	noviembre	Es proclamada la revolución nacionalsocialista en Munich; la acción fracasa y el Partido es disuelto.
1923	12	de	noviembre	Hitler es encarcelado.
1924			febrero	Comienza el proceso contra Hitler.
1924	10	de	abril	Es conducido al presidio de Landsberg, sobre el Lech, donde escribe su libro "Mein Kampf" (Mi Lucha).
1924	20	de	diciembre	Sale de la prisión.
1925	27	de	febrero	Reasume la jefatura del Partido.
1926	27	de	junio	Celebración del segundo "Día del Partido". en Weimar.
1927	21	de	agosto	Celebración del tercer "Día del Partido". en Nuremberg.
1928			mayo	El Partido obtiene doce escaños parlamentarios en el Reichstag.
1930	14	de	septiembre	Nueva elección de diputados. seis millones trescientos mil electores votan por el Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista (N. S. D. A. P.). el cual en lugar de doce, obtiene ahora ciento siete mandatos. Como partido. la N. S. D. A. P. es, numéricamente, el segundo en Alemania.
1931	15	de	marzo	El partido inicia tenaz campaña contra la política del canciller Brüning y contra los acuerdos de Dawes y Young.
1932			febrero	Hitler actúa como candidato de su partido a la Presidencia del Reich.
1932	10	de	abril	El mariscal von Hindenburg es reelegido como Presidente.
1932	13	de	abril	El Gobierno prohibe la S. A.
1932	24	de	abril	En cinco de los Estados federales del Reich. incluso Prusia. el partido de Hitler obtiene la mayoría parlamentaria.
1932	14	de	junio	Se levanta la prohibición de la S. A.

1932	31	de	julio	La N. S. D. A. P. logra doscientos treinta diputados en el Reichstag y con esto constituye el partido más poderoso de Alemania.
1932	13	de	agosto	Hitler rechaza el ofrecimiento que se le hace del cargo de Vice-Canciller del Reich.
1932	6	de	noviembre	El Partido sufre un revés en las elecciones para el Reichstag, perdiendo treinta y cuatro mandatos.
1932	22	de	noviembre	Hitler no acepta el cargo de Canciller bajo las condiciones propuestas por el presidente von Hindenburg.
1933	30	de	enero	Hitler es nombrado Canciller del Reich.
1933	5	de	marzo	Nueva elección del Reichstag. El pueblo alemán consagra por gran mayoría el gobierno de Hitler.
1933				Son prohibidos los partidos socialdemócrata y comunista. Los partidos burgueses se disuelven.
1933	30	de	junio	Hitler es nombrado canciller del Reich, dando así comienzo al "Tercer Reich".
1933	10	de	septiembre	Celebración del "Día del Partido" en Nuremberg.
1933			septiembre	Alemania se retira de la Sociedad de las Naciones.
1933	11	de	noviembre	Renovación del Reichstag. La N. S. D. A. P. es el único partido representado en el Reichstag; el pueblo aprueba la política de Paz del canciller Hitler y manifiesta en amplio plebiscito popular. su conformidad con el retiro de Alemania del seno de la Sociedad de las Naciones.
1934	30	de	julio	Fracasa el complot de Rohem para eliminar por medio del asesinato a Hitler.
1934	2	de	agosto	Muere von Hindemburg y Hitler reúne en sus manos las atribuciones de Presidente y Canciller.
1934	19	de	agosto	El pueblo alemán sanciona por gran mayoría el gobierno del Reich presidido por Hitler.

1934	septiembre	Grandiosa celebración del "Día del Partido", en Nuremberg.
1935	13 de enero	Se realiza el plebiscito del Sarre con una mayoría del noventa por ciento en favor de Alemania.
1935	10 de marzo	El pueblo alemán celebra con gran júbilo la reincorporación del Sarre a la soberanía del Reich.
1937		Se produce la invasión de Austria.
1938	29 de septiembre	Se produce en Munich el acuerdo entre Alemania, Francia, Inglaterra e Italia por el que los gobiernos de Inglaterra y Francia se comprometían a no intervenir en la anexión de la región de los Sudetes.
1939	15 de marzo	Invasión de Checoslovaquia y creación de un protectorado.
1939	marzo	Se invade e incorpora a Alemania la ciudad báltica de Memel.
1939	23 de agosto	Se firma el pacto de no agresión germano-soviético.
1939	1º de septiembre	Alemania invade a Polonia incorporándose la ciudad libre de Danzig.
1939	3 de septiembre	Inglaterra y Francia declaran la guerra a Alemania.
1940	9 de abril	Alemania invade a Dinamarca y Noruega.
1940	9-10 de mayo	Se produce la invasión de Holanda, Bélgica y Luxemburgo.
1940	14 de junio	Los alemanes consiguen penetrar victoriosos en la ciudad de París.
1941	22 de febrero	Inicia Rommel al mando de un cuerpo expedicionario una contraofensiva que le lleva hasta Egipto.
1941	abril	Es invadida Yugoslavia.
1941	20 de mayo	Paracaidistas alemanes invaden la isla de Creta con lo que acaba toda resistencia de Grecia invadida poco antes.
1941	22 de junio	Rusia es invadida por Alemania a pesar del pacto que entre ellas existía de no agresión.
1941	29 de julio	Por decreto especial declara Hitler heredero exclusivo del poder político a Goering.

1941	noviembre	Hitler toma personalmente el mando del ejército alemán.
1944	6 de junio	Se efectúa el desembarco de los aliados en Normandía.
1944	20 de julio	Aborta un complot llamado de los Generales destinado a asesinar a Hitler por la explosión de una bomba que solamente logra herirle.
1944	18 de agosto	Irrumpen los aliados por la brecha de Avranches hacia el interior de Europa dando comienzo al último acto de la tragedia alemana.
1945	16 de abril	Por orden personal de Hitler es detenido el doctor Brandt, que había sido anteriormente médico cirujano personal suyo.
1945	20 de abril	Hermann Goering se despide del Führer por última vez abandonándolo a su suerte en la Cancillería de Berlín.
1945	21 de abril	Ordena Hitler el ataque Steiner en el que debían participar todos los soldados de Berlín. Éste no llegó a efectuarse y al verse traicionado se decide a no salir de Berlín y a perecer allí mismo en su defensa.
1945	24 de abril	Rechaza todas las tentativas para que abandone el amenazado Berlín.
1945	25 de abril	Eva Braum llega a la Cancillería del Reich decidida a ofrecer su vida en holocausto en honor de su amante.
1945	25 de abril	Completan los rusos el cerco y sitio total de Berlín.
1945	29 de abril	Hitler contrae matrimonio con Eva Braum en un último deseo de reconocer su fidelidad.
1945	30 de abril	A las tres y media de la tarde poco después del suicidio de Eva Braum que murió envenenada, Adolf Hitler pone fin a su vida disparándose un tiro en la boca. Sus cuerpos incinerados y quizá totalmente destruidos no fueron hallados jamás.

DEDICATORIA

El 9 de noviembre de 1923, a las doce treinta horas del dia, poseidos de inquebrantable fe en la resurrección de su pueblo, cayeron en Munich frente a la Feldhernhalle y en el patio del antiguo Ministerio de Guerra, los siguientes:

ALFART, *Felix*	*Comerciante*	5 de	*julio*	1901
BAURIEDL, *Andreas*	*Sombrerero*	8 de	*agosto*	1900
CASELLA, *Theodor*	*Empleado bancario*	4 de	*mayo*	1879
EHRLICH, *Wilhelm*	" "	19 de	*agosto*	1894
FAUST, *Martin*	" "	27 de	*enero*	1901
HECHENBERGER, *Ant.*	*Cerrajero*	28 de	*septbre.*	1902
KOERNER, *Oskar*	*Comerciante*	4 de	*enero*	1875
KUHN, *Karl*	*Empl. de hotel*	26 de	*julio*	1897
LAFORGE, *Karl*	*Estud. ingenieria*	28 de	*octubre*	1904
NEUBAUER, *Kurt*	*Empl. doméstico*	27 de	*marzo*	1899
PAPE, *Klaus von*	*Comerciante*	16 de	*agosto*	1904
PFORDTEN, *Theodor von der*	*Consejero en el Tribunal Regional Superior*	14 de	*mayo*	1873
RICKMERS, *Joh.*	*Ex capitán de caballeria*	7 de	*mayo*	1881
SCHEUBNER-RICHTER, *Max Erwin von*	*Dr. en Ingenieria*	9 de	*enero*	1884
STRANSKY, *Lorenz Ritter von*	*Ingeniero*	14 de	*marzo*	1899
WOLF, *Wilhelm*	*Comerciante*	19 de	*octubre*	1898

Autoridades llamadas nacionales se negaron a dar una sepultura común a estos héroes.

Dedico esta obra a la memoria de todos ellos para que el ejemplo de su sacrificio alumbre incesantemente a los prosélitos de nuestro movimiento.

ADOLF HITLER

Landsberg am Lech, 16 de octubre de 1924.

PRÓLOGO DEL AUTOR

En cumplimiento del fallo dictado por el Tribunal Popular de Munich el 1º de abril de 1924, debía comenzar aquel día mi reclusión en el presidio de Landsberg, sobre el Lech.

Así se me presentaba por primera vez, después de muchos años de ininterrumpida labor, la oportunidad de iniciar una obra reclamada por muchos y que yo mismo consideraba útil a la causa nacionalsocialista. En consecuencia, me había decidido a exponer, no sólo los fines de nuestro movimiento, sino a delinear también un cuadro de su desarrollo, del cual será posible aprender más que de cualquier otro estudio puramente doctrinario.

He querido asimismo dar a estas páginas un relato de mi propia evolución en la medida necesaria a la mejor comprensión del libro y también destruir al mismo tiempo las tendenciosas leyendas sobre mi persona propagadas por la prensa judía.

Al escribir esta obra no me dirijo a los extraños, sino a aquellos que adheridos de corazón al movimiento, ansían penetrar más hondamente la ideología nacionalsocialista.

Bien sé que la viva voz gana más fácilmente las voluntades que la palabra escrita y que asimismo el progreso de todo movimiento trascendental debióse generalmente en el mundo más a grandes oradores que a grandes escritores.

Sin embargo, es indispensable que de una vez para siempre quede expuesta, en su parte esencial, una doctrina, para poder después sostenerla y propagarla uniforme y homogéneamente. Partiendo de esta consideración, el presente libro constituye la piedra fundamental que aporto a la obra común.

ADOLF HITLER

Escrito en el presidio de Landsberg
am Lech, el 16 de octubre de 1924.

PRIMERA PARTE

Capítulo I

EN EL HOGAR PATERNO

Considero una predestinación feliz haber nacido en la pequeña ciudad de Braunau sobre el Inn; Braunau, situada precisamente en la frontera de esos dos Estados alemanes, cuya fusión se nos presenta —por lo menos a nosotros los jóvenes— como un cometido vital que bien merece realizarse a todo trance.

La Austria germana debe volver al acervo común de la patria alemana, y no por razón alguna de índole económica. No, de ningún modo, pues, aun en el caso de que esa unión considerada económicamente fuese indiferente o resultase incluso perjudicial, debería llevarse a cabo a pesar de todo. *Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común.* Mientras el pueblo alemán no pueda reunir a sus hijos bajo un mismo Estado, carecerá de un derecho, moralmente justificado, para aspirar a una acción de política colonial. Sólo cuando el Reich, abarcando la vida del último alemán no tenga ya la posibilidad de asegurar a éste la subsistencia, surgirá de la necesidad del propio pueblo, la justificación moral de adquirir posesión sobre tierras en el extranjero. El arado se convertirá entonces en espada y de las lágrimas de la guerra brotará para la posteridad el pan cotidiano.

La pequeña población fronteriza de Braunau me parece constituir el símbolo de una gran obra. Aun en otro sentido se yergue también hoy ese lugar como una advertencia al porvenir. Cuando esta insignificante población fue —hace más de cien años— escenario de un trágico suceso que conmovió a toda la nación alemana, su nombre quedó inmortalizado por lo menos en los anales de la historia de Alemania. En la época de la más terrible humillación impuesta a nuestra patria rindió allá su vida por su adorada Alemania el librero de Nüremberg, Johannes Philipp Palm, obstinado "nacionalista" y enemigo de los franceses.[1] Se había negado rotundamente a delatar a sus cómplices, mejor dicho a los verdaderos culpables. Murió

[1] Johannes Philipp Palm fue fusilado por orden de Napoleón el 26 de agosto de 1806, acusado de la publicación de un folleto titulado "Alemania en su más profunda humillación". (N. del T.).

igual que Leo Schlageter, y como éste, Johannes Philipp Palm fue también denunciado a Francia por un funcionario. Un director de la policía de Augsburgo cobró la triste fama de la denuncia y creó con ello el tipo que las nuevas autoridades alemanas adoptaron bajo la égida del señor Severing.[2]

En esa pequeña ciudad sobre el Inn, bávara de origen, austríaca políticamente y ennoblecida por el martirologio alemán, vivieron mis padres allá por el año 1890. Mi padre era un leal y honrado funcionario, mi madre, ocupada en los quehaceres del hogar, tuvo siempre para sus hijos invariable y cariñosa solicitud. Poco retiene mi memoria de aquel tiempo, pues pronto mi padre tuvo que abandonar ese pueblo que había ganado su afecto, para ir a ocupar un nuevo puesto en Passau, es decir, en Alemania.

En aquellos tiempos la suerte del aduanero austríaco era "peregrinar" a menudo; de ahí que mi padre tuviera que pasar a Linz, donde acabó por jubilarse. Ciertamente que esto no debió significar un descanso para el anciano. Mi padre, hijo de un simple y pobre campesino, no había podido resignarse en su juventud a quedar en la casa paterna. No tenía todavía trece años, cuando lio su morral y se marchó del terruño. Iba a Viena, desoyendo el consejo de aldeanos de experiencia, para aprender allí un oficio. Ocurría esto el año 50 del pasado siglo. ¡Grave resolución la de lanzarse en busca de lo desconocido sólo provisto de tres florines! Pero cuando el adolescente cumplía los diez y siete años y había realizado ya su examen de oficial de taller, no estaba sin embargo satisfecho de sí mismo. Por el contrario. Las largas penurias, la eterna miseria y el sufrimiento, reafirmaron su decisión de abandonar el taller para llegar a ser "algo mejor". Si cuando niño, en la aldea, le parecía el señor cura la expresión de lo más alto que humanamente podía alcanzarse, ahora —dentro de su esfera enormemente ampliada por la gran urbe— lo era el funcionario público. Con la tenacidad propia de un hombre, ya casi envejecido en la adolescencia por las penalidades de la vida se aferró el muchacho a su resolución de llegar a ser funcionario y lo fue. Creo que poco después de cumplir los veintitrés años, consiguió su propósito.

Cuando finalmente a la edad de cincuenta y seis años se jubiló, no habría podido conformarse a vivir como un desocupado. Y he ahí que en los alrededores de la población austríaca de Lambach, adquirió una pequeña propiedad agrícola; la administró personalmente y así volvió después de una larga y trabajosa vida a la actividad originaria de sus mayores.

[2] Ministro del Interior durante el régimen social-demócrata.

Fue sin duda en aquella época cuando forjé mis primeros ideales. Mis ajetreos infantiles al aire libre, el largo camino a la escuela y la camaradería que mantenía con muchachos robustos, que era frecuentemente motivo de hondos cuidados para mi madre, pudieron haber hecho de mí cualquier cosa menos un poltrón.

Si bien por entonces no me preocupaba seriamente la idea de mi profesión futura, sabía en cambio que mis simpatías no se inclinaban en modo alguno a la carrera de mi padre. Creo que ya entonces mis dotes oratorias se ejercitaban en altercados más o menos violentos con mis condiscípulos. Me había hecho un pequeño caudillo que aprendía bien y con facilidad en la escuela, pero que se dejaba tratar difícilmente.

En el estante de libros de mi padre encontré diversas obras militares, entre ellas una edición popular de la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Se trataba de dos tomos de una revista ilustrada de aquella época e hice de ellos mi lectura predilecta. Desde entonces me entusiasmó cada vez más todo aquello que tenía alguna relación con la guerra o con la vida militar.

Pero también en otro sentido debió esto tener significación para mí. Por primera vez —aunque en forma poco precisa— surgió en mi mente el interrogante de si realmente existía y, caso de existir, cuál podría ser, la diferencia entre los alemanes que combatieron en la guerra del 70 y los otros alemanes —los austríacos—. Me preguntaba, ¿por qué Austria no tomó también parte en esa guerra al lado de Alemania? ¿Acaso no somos todos lo mismo?, me decía yo. Este problema comenzó a preocupar mi mente juvenil. A mis cautelosas preguntas debí oir con íntima emulación la respuesta de que no todo alemán tenía la suerte de pertenecer al Reich de Bismarck. Esto era para mí inexplicable.

* * *

Se había decidido que estudiase.

Por primera vez en mi vida, cuando apenas contaba once años, debí oponerme a mi padre. Si él en su propósito de realizar los planes que había previsto, era inflexible, no menos implacable y porfiado era su hijo para rechazar una idea que nada o poco le agradaba.

¡Yo no quería llegar a ser funcionario!

Aún hoy mismo no me explico cómo un buen día me di cuenta de que tenía vocación para la pintura. Mi talento para el dibujo se hallaba tan fuera de duda, que fue uno de los motivos que indujeron a mi padre a inscribirme en un colegio de enseñanza secundaria; pero jamás con el propósito de permitirme una preparación profesional en ese sentido.

Mis certificados escolares de aquella época registraban calificaciones extremas, según la materia de mi afición. Mis mejores notas correspondían al ramo de geografía y aún más todavía al de historia universal; en estos ramos predilectos era yo el sobresaliente en mi clase.

Cuando ahora, después de transcurridos tantos años, hago un balance retrospectivo de aquella época, dos hechos resaltan como los más importantes:

1º ME HICE NACIONALISTA.

2º APRENDÍ A COMPRENDER Y A APRECIAR LA HISTORIA EN SU VERDADERO SENTIDO.

La antigua Austria era un Estado de nacionalidades diversas.

En realidad —por lo menos en aquel tiempo— un súbdito alemán del Reich no penetraba la significación que este hecho tenía para la vida cotidiana del individuo bajo la égida de un Estado semejante. Al tratarse del elemento austroalemán, solíase confundir con suma facilidad la dinastía degenerada de los Habsburgo con el núcleo sano del pueblo mismo.

La generalidad no se daba cuenta de que si en Austria no hubiese existido un núcleo alemán de sangre pura, jamás habría tenido el germanismo la energía suficiente para imprimirle su sello a un Estado de cincuenta y dos millones de habitantes de diverso origen, y esto en un grado de influencia tan grande, que en Alemania misma llegó a formarse el errado concepto de que Austria era un Estado Alemán. Un absurdo de graves consecuencias, pero al mismo tiempo un brillante testimonio para los diez millones de alemanes que habitaban en la Marca del Este. En Alemania sólo muy pocos sabían de la eterna lucha por el idioma, por la escuela alemana y por el carácter alemán. Como en toda lucha (en todas partes y en todos los tiempos), también en la pugna por la lengua que existía en la antigua Austria, habían tres sectores: *los beligerantes, los indiferentes y los traidores.* Claro está que yo entonces no me contaba entre los indiferentes y pronto debí convertirme en un fanático nacionalista alemán.

Esa evolución en mi modo de sentir hizo muy rápidos progresos, de tal manera que ya a la edad de quince años pude comprender la diferencia entre el "*patriotismo*" dinástico y el "*nacionalismo*" popular y desde aquel momento sólo el segundo existió para mí.

¿Acaso no sabíamos ya desde la adolescencia que el Estado austríaco no tenía ni podía tener afección hacia nosotros, los alemanes? La experiencia diaria confirmaba la realidad histórica de la acción de los Habsburgo. En el norte y en el sur, el veneno de las razas extrañas carcomía el organismo de nuestra nacionalidad y hasta la misma Viena fue visiblemente convirtiéndose, cada vez más, en un centro antialemán. La casa de los Habsburgo tendía por todos los medios a una chequización y fue la mano de la diosa de la Justicia eterna y de la ley de compensación inexorable la que hizo que el enemigo más encarnizado del germanismo en Austria, el archiduque Francisco Fernando, cayera precisamente bajo el plomo que él mismo ayudó a fundir. Francisco Fernando era nada menos que el símbolo de la tendencia ejercitada desde el mando para lograr la eslavización de Austria.

En la desgraciada alianza del joven Imperio alemán con el ilusorio Estado austríaco, radicó el germen de la guerra mundial y también de la ruina.

En el curso de este libro, habré de ocuparme con detenimiento del problema. Por ahora, bastará establecer que ya en mi primera juventud había llegado a una convicción que después jamás deseché y que más bien se ahondó con el tiempo: era la convicción de que la seguridad inherente a la vida del germanismo suponía la destrucción de Austria y que, además, el sentir nacional no coincidía en nada con el patriotismo dinástico, finalmente, que la Casa de los Habsburgo estaba predestinada a hacer la desgracia de la nación alemana.

Ya entonces deduje las consecuencias de aquella experiencia: amor ardiente para mi patria austro-alemana y odio profundo contra el Estado austríaco.

* * *

La cuestión de mi futura profesión debió resolverse más pronto de lo que yo esperaba.

A la edad de trece años perdí repentinamente a mi padre. Un ataque de apoplejía tronchó la existencia del hombre, todavía vigoroso, dejándonos sumidos en el más hondo dolor.

Al principio nada cambió exteriormente.

Mi madre, siguiendo el deseo de mi difunto padre, se sentía obligada a fomentar mi instrucción, es decir, mi preparación para la carrera de funcionario. Yo personalmente me hallaba decidido, entonces más que nunca, a no seguir de ningún modo esa carrera.

Y he aquí que una enfermedad vino en mi ayuda. Mi madre, bajo la impresión de la dolencia que me aquejaba, acabó por resolver mi salida del colegio para hacer que ingresara en una academia.

Felices días aquellos, que me parecieron un bello sueño. En efecto, no debieron ser más que un sueño, pues dos años después, la muerte de mi madre vino a poner un brusco fin a mis acariciados planes.

Este amargo desenlace cerró un largo y doloroso período de enfermedad que desde el comienzo había ofrecido pocas esperanzas de curación; con todo, el golpe me afectó profundamente. A mi padre le veneré, pero por mi madre había sentido adoración.

La miseria y la dura realidad me obligaron a adoptar una pronta resolución. Los escasos recursos que dejara mi padre fueron agotados en su mayor parte durante la grave enfermedad de mi madre y la pensión de huérfano que me correspondía no alcanzaba ni para subvenir a mi sustento; me hallaba, por tanto, sometido a la necesidad de ganarme de cualquier modo el pan cotidiano.

Con una maleta con ropa en la mano y con una voluntad inquebrantable en el corazón, salí rumbo a Viena. Tenía la esperanza de obtener del Destino lo que hacía cincuenta años le había sido posible a mi padre; también yo quería llegar a ser "algo", pero en ningún caso funcionario.

Capítulo II

LAS EXPERIENCIAS DE MI VIDA EN VIENA

Al morir mi madre fui a Viena por tercera vez y permanecí allí algunos años.

Quería ser arquitecto, y como las dificultades no se dan para capitular ante ellas, sino para ser vencidas, mi propósito fue vencerlas, teniendo presente el ejemplo de mi padre que, de humilde muchacho aldeano, lograra hacerse un día funcionario del Estado. Las circunstancias me eran desde luego más propicias y lo que entonces me pareciera una rudeza del destino, lo considero hoy una sabiduría de la Providencia. En brazos de la "diosa miseria" y amenazado más de una vez de verme obligado a claudicar, creció mi voluntad para resistir hasta que triunfó esa voluntad. Debo a aquellos tiempos mi dura resistencia y también toda mi fortaleza. Pero más que a todo eso, doy todavía más valor al hecho de que aquellos años me sacaran de la vacuidad de una vida cómoda para arrojarme al mundo de la miseria y de la pobreza, donde debí conocer a aquellos por los cuales lucharía después.

* * *

En aquella época abrí los ojos ante dos peligros que antes apenas si conocía de nombre, y que nunca pude pensar que

llegasen a tener tan espeluznante trascendencia para la vida del pueblo alemán: el *marxismo* y el *judaísmo*.

Viena, la ciudad que para muchos simboliza la alegría y el medio-ambiente de gentes satisfechas, tiene sensiblemente para mí solo, el sello del recuerdo vivo de la época más amarga de mi vida. Hoy mismo Viena me evoca tristes pensamientos. Cinco años de miseria y de calamidad encierra esa ciudad para mí, cinco largos años en cuyo transcurso trabajé primero como peón y luego como pequeño pintor para ganarme el miserable sustento diario, tan verdaderamente miserable que nunca alcanzaba a mitigar el hambre; el hambre, mi más fiel camarada que casi nunca me abandonaba, compartiendo conmigo inexorable, todas las circunstancias de la vida. Si compraba un libro, exigía ella su tributo; adquirir un billete para la Ópera, significaba también días de privación. ¡Qué constante era la lucha con tan despiadada compañera! Y sin embargo en esa época aprendí más que en todos los tiempos pasados. Mis libros me deleitaban. Leía mucho y concienzudamente en todas mis horas de descanso. Así pude en pocos años cimentar los fundamentos de una preparación intelectual de la cual hoy mismo me sirvo.

Pero hay algo más que todo esto: En aquellos tiempos me formé un concepto del mundo, concepto que constituyó la base granítica de mi proceder de aquella época. A mis experiencias y conocimientos adquiridos entonces, poco tuve que añadir después; nada fue necesario modificar. Por el contrario, hoy estoy firmemente convencido de que en general todas las ideas constructivas se manifiestan, en principio, ya en la juventud, si es que existen realmente.

Yo establezco diferencia entre la sabiduría de la vejez y la genialidad de la juventud; la primera sólo puede apreciarse por su carácter más minucioso y previsor, como resultado de las experiencias de una larga vida, en tanto que la segunda se caracteriza por una inagotable fecundidad en pensamientos e ideas, las cuales por su cúmulo tumultuoso, no son susceptibles de elaboración inmediata. Esas ideas y esos pensamientos permiten la concepción de futuros proyectos y dan los materiales de construcción, de entre los cuales la sesuda vejez toma los elementos y los forja para llevar a cabo la obra, siempre que la llamada sabiduría de la vejez no haya ahogado la genialidad de la juventud.

* * *

Mi vida en el hogar paterno se diferenció poco o nada de la de los demás. Sin preocupaciones podía esperar todo nuevo amanecer y no existían para mí los problemas sociales. El

ambiente que rodeó mi juventud era el de los círculos de la pequeña burguesía, es decir, un mundo que muy poca conexión tenía con la clase netamente obrera, pues, aunque a primera vista resulte paradójico, el abismo que separa a estas dos categorías sociales que de ningún modo gozan de una situación económica desahogada, es a menudo más profundo de lo que uno pueda imaginarse. El origen de esta —llamémosle belicosidad— radica en que el grupo social que no hace mucho saliera del seno de la clase obrera, siente el temor de descender a su antiguo nivel de gente poco apreciada, o que se le considere como perteneciente todavía a él. A esto hay que añadir que para muchos es agrio el recuerdo de la miseria cultural de la clase proletaria y del trato grosero de esas gentes entre sí, lo cual, por insignificante que sea su nueva posición social, llega a hacerles insoportable todo contacto con gentes de un nivel cultural ya superado por ellos.

Así ocurre que, apenas considera posible el "parvenu" aquello que es frecuente entre personas de elevada situación que, descendiendo de su rango, se acercan hasta el último prójimo. No se olvide que "parvenu" es todo aquel que por propio esfuerzo sale de la clase social en que vive para situarse en un nivel superior. Ese batallar, con frecuencia muy rudo, acaba por destruir el sentimiento de conmiseración. La propia dolorosa lucha por la existencia anula toda comprensión para la miseria de los relegados.

En este orden quiso el destino ser magnánimo conmigo, constriñéndome a volver a ese mundo de pobreza y de incertidumbre que mi padre abandonara en el curso de su vida. El destino apartó de mis ojos el fantasma de una educación limitada propia de la pequeña burguesía. Empezaba a conocer a los hombres y aprendía a distinguir los valores aparentes o los caracteres exteriores brutales, de lo que constituía su verdadera mentalidad.

Al finalizar el siglo XIX, Viena se contaba ya entre las ciudades de condiciones sociales más desfavorables. Riqueza fastuosa y repugnante miseria caracterizaban el cuadro de la vida en Viena. En los barrios centrales se sentía manifiestamente el pulsar de un pueblo de cincuenta y dos millones de habitantes con toda la dudosa fascinación de un Estado de nacionalidades diversas. La vida de la Corte, con su boato deslumbrante, obraba como un imán sobre la riqueza y la clase del resto del Imperio. A tal estado de cosas se sumaba la fuerte centralización de la monarquía de los Habsburgo y en ello radicaba la única posibilidad de mantener compacta esa promiscuidad de pueblos, resultando, por consiguiente, una concentración extraordinaria de autoridades y oficinas públicas en la capital y sede del Gobierno. Sin embargo, Viena no era sólo el centro político e intelectual de la vieja monarquía del Danubio, sino que constituía también su centro económico. Frente al enorme conjunto de oficiales de alta graduación, funcionarios, artistas y científicos, había un ejército mucho más numeroso de proletarios y frente a la riqueza de la aristocracia y del comercio reinaba una sangrante miseria. Delante de los palacios de la Ringstrasse, pululaban miles de desocupados y en los transfondos de esa *vía triunphalis* de la antigua Austria, vegetaban vagabundos en la penumbra y entre el barro de los canales. En ninguna ciudad alemana podía estudiarse mejor que en Viena el problema social. Pero no hay que confundir. Ese "estudio" no se deja hacer "desde arriba", porque aquél que no haya estado al alcance de la terrible serpiente de la miseria jamás llegará a conocer sus fauces ponzoñosas. Cualquier otro camino lleva tan sólo a una charlatanería banal o a una mentida sentimentalidad. Ambas igualmente perjudiciales, una porque nunca logra penetrar el problema en su esencia y la otra porque no llega ni a rozarlo. No sé qué sea más funesto: si la actitud de no querer ver la miseria, como lo hace la mayoría de los favorecidos por la suerte o encumbrados por propio esfuerzo, o la de aquéllos no menos arrogantes y a menudo faltos de tacto, pero dispuestos siempre a dignarse a aparentar que comprenden la miseria del pueblo. Esas gentes hacen siempre más daño del que puede concebir su comprensión desarraigada de instinto humano; de ahí que ellas mismas se sorprendan ante el resultado nulo de su acción de "sentido social" y hasta sufran la decepción de un airado rechazo, que acaban por considerar como una prueba de la ingratitud del pueblo.

NO CABE EN EL CRITERIO DE TALES GENTES COMPRENDER QUE UNA ACCIÓN SOCIAL NO PUEDE EXIGIR EL TRIBUTO DE LA GRATITUD PORQUE ELLA NO PRODIGA MERCEDES, SINO QUE ESTÁ DESTINADA A RESTITUIR DERECHOS.

Impelido por las circunstancias al escenario real de la vida, no debí conocer el problema social en aquella forma. Lejos de prestarse éste a que yo lo "conociese" pareció querer más bien experimentar su prueba en mí mismo, y si de ella salí airoso, no fue por cierto, mérito de la prueba.

* * *

El propósito de reproducir aquí el cúmulo de mis impresiones de entonces nunca podrá dar, ni aproximadamente, un cuadro completo; junto a las experiencias adquiridas en aquella época, he de concretarme a exponer en este libro solamente mis impresiones más culminantes, es decir, aquellas que más de una vez conmovieron mi espíritu.

En Viena me di cuenta de que siempre existía la posibilidad de encontrar alguna ocupación, pero que ésta se perdía con la misma facilidad con que era conseguida. La inseguridad de ganarse el pan cotidiano me pareció una de las más graves dificultades de mi nueva vida. Bien es cierto que el obrero perito no es despedido de su trabajo tan llanamente como uno que no lo es, mas tampoco está libre de correr igual suerte.

También yo debí en la gran urbe experimentar en carne propia los efectos de ese destino y saborearlos moralmente. Algo más me fue dado observar todavía: la brusca alternativa entre la ocupación y la falta de trabajo y la consiguiente eterna fluctuación entre las entradas y los gastos, que en muchos destruye, a la larga, el sentimiento de economía, así como la noción para un sistema razonable de vida. Parece como si el organismo humano se acostumbrara paulatinamente a vivir en la abundancia en los buenos tiempos y a sufrir hambre en los malos. Así se explica que aquel que apenas ha logrado conseguir trabajo, olvide toda previsión y viva tan desordenadamente que hasta el pequeño presupuesto semanal de gastos domésticos resulta alterado; al principio el salario alcanza en lugar de para siete, sólo para cinco días, después únicamente para tres y por último, escasamente para un día, despilfarrándolo todo en la primera noche.

A menudo la mujer y los hijos se contaminan de esa vida, especialmente si el padre de familia es en el fondo bueno con ellos y los quiere a su manera. Resulta entonces que en dos o tres días se consume en casa, en común, el salario de toda la semana. Se come y se bebe mientras el dinero alcanza, para después soportar hambre también conjuntamente durante los últimos días. La mujer recurre entonces a la vecindad y contrae pequeñas deudas para pasar los malos días del resto de la semana. A la hora de la cena se reúnen todos en torno a una paupérrima mesa, esperan impacientes el pago del nuevo salario y sueñan ya con la felicidad futura, mientras el hambre arrecia... Así se habitúan los hijos desde su niñez a este cuadro de miseria.

Pero el caso acaba siniestramente cuando el padre de familia desde un comienzo sigue su camino solo, dando lugar a que la madre, precisamente por amor a sus hijos, se ponga en contra. Surgen disputas y escándalos en una medida tal, que cuanto más se aparta el marido del hogar, más se acerca al vicio del alcohol. Se embriaga casi todos los sábados y entonces la mujer, por espíritu de propia conservación y por la de sus hijos, tiene que arrebatarle unos pocos céntimos, y esto muchas veces en el trayecto de la fábrica a la taberna; y si por fin el domingo o el lunes llega el marido a casa, ebrio y

brutal, después de haber gastado el último céntimo, se suscitan con frecuencias escenas... ¡de las que Dios nos libre!

En cientos de casos observé de cerca esa vida, viéndola al principio con repugnancia y protesta, para después comprender en toda su magnitud la tragedia de semejante miseria y sus causas fundamentales. ¡Víctimas infelices de las malas condiciones de vida!

Cuánto agradezco hoy a la Providencia haberme hecho vivir esa escuela; en ella ya no me fue posible prescindir de aquello que no era de mi complacencia. Esa escuela me educó pronto y con rigor.

Para no desesperar de la clase de gentes que por entonces me rodeaban fue necesario que aprendiese a diferenciar entre su manera de ser y su vida y las causas del proceso de su desarrollo. Sólo así se podía soportar ese estado de cosas y comprender que el resultado de tanta miseria, inmundicia y degeneración no eran ya seres humanos, sino el triste producto de unas leyes más tristes todavía. En medio de ese ambiente mi propia y dura suerte me libró de capitular en quejumbroso sentimentalismo ante los resultados de un proceso social semejante.

Ya en aquellos tiempos llegué a la conclusión de que sólo un doble procedimiento podía conducir a modificar la situación existente:

ESTABLECER MEJORES CONDICIONES PARA NUESTRO DESARROLLO A BASE DE UN PROFUNDO SENTIMIENTO DE RESPONSABILIDAD SOCIAL APAREJADO CON LA FÉRREA DECISIÓN DE ANULAR A LOS DEPRAVADOS INCORREGIBLES.

Del mismo modo que la Naturaleza no concentra su mayor energía en el mantenimiento de lo existente, sino más bien en la selección de la descendencia como conservadora de la especie, así también, en la vida humana no puede tratarse de mejorar artificialmente lo malo subsistente —cosa de suyo imposible en un noventa y nueve por ciento de casos, dada la índole del hombre— sino por el contrario debe procurarse asegurar bases más sanas para un ciclo de desarrollo venidero.

Durante mi lucha por la existencia, en Viena, me di cuenta de que la obra de acción social jamás puede consistir en un ridículo e inútil lirismo de beneficencia, sino en la eliminación de aquellas deficiencias que son fundamentales en la estructura económico-cultural de nuestra vida y que constituyen el origen de la degeneración del individuo o por lo menos de su mala inclinación.

El Estado austriaco desconocía prácticamente una legislación social humana y de ahí su ineptitud patente para reprimir ni las más crasas transgresiones.

* * *

No sabría decir lo que más me horrorizó en aquel tiempo: si la miseria económica de mis compañeros de entonces, su rudeza moral o su ínfimo nivel cultural.

¡Con qué frecuencia se exalta la indignación de nuestra burguesía cuando se oye decir a un vagabundo cualquiera que le es lo mismo ser alemán a no serlo y que el hombre se siente igualmente bien en todas partes con tal de tener para su sustento! Esta falta de "orgullo nacional" es lamentada entonces hondamente y se vitupera con acritud semejante modo de pensar.

¿Reflexionan acaso nuestros estratos burgueses en qué mínima escala se le dan al "pueblo" los elementos inherentes al sentimiento de orgullo nacional? Ven tranquilamente cómo en el teatro y en el film y mediante literatura obscena y prensa inmunda, se vacía en el pueblo día por día veneno a borbotones. Y sin embargo se sorprenden esos ambientes burgueses de la "falta de moral" y de la "indiferencia nacional" de la gran masa del pueblo, como si de esa prensa inmunda, de esos films disparatados y de otros factores semejantes, surgiese para el ciudadano el concepto de la grandeza patria. Todo esto sin considerar la educación ya recibida por el individuo en su primera juventud.

EL PROBLEMA DE LA "NACIONALIZACIÓN" DE UN PUEBLO CONSISTE, EN PRIMER TÉRMINO, EN CREAR SANAS CONDICIONES SOCIALES COMO BASE DE LA EDUCACIÓN INDIVIDUAL. PORQUE SÓLO AQUÉL QUE HAYA APRENDIDO EN EL HOGAR Y EN LA ESCUELA A APRECIAR LA GRANDEZA CULTURAL Y ECONÓMICA Y ANTE TODO LA GRANDEZA POLÍTICA DE SU PROPIA PATRIA, PODRÁ SENTIR Y SENTIRÁ EL ÍNTIMO ORGULLO DE SER SÚBDITO DE ESA NACIÓN. SÓLO SE PUEDE LUCHAR POR AQUELLO QUE SE QUIERE — SE QUIERE LO QUE SE RESPETA Y SE PUEDE RESPETAR ÚNICAMENTE LO QUE POR LO MENOS, SE CONOCE.

Apenas se despertó mi interés por la cuestión social me dediqué a estudiar a fondo el problema. ¡Se me descubrió un mundo nuevo!

En los años de 1909 y 1910 se había producido también un pequeño cambio en mi vida: ya no necesitaba ganarme el pan diario actuando como peón. Por entonces trabajaba ya independientemente como modesto dibujante y acuarelista. Pintaba para ganarme la vida y al mismo tiempo aprendía con satisfacción. De este modo me fue también posible lograr el complemento teórico necesario para mi apreciación íntima del problema social. Estudiaba con ahinco casi todo lo que podía encontrar en libros sobre esta compleja materia, para después engolfarme en mis propias meditaciones.

Era poco y muy erróneo lo que sabía en mi juventud acerca de la socialdemocracia. Me entusiasmaba que proclamase el derecho de sufragio universal secreto; además, mi ingenua concepción de entonces, me hacía creer también que era mérito suyo empeñarse en mejorar las condiciones de vida del obrero. Pero lo que me repugnaba era su actitud hostil en la lucha por la conservación del germanismo.

Hasta la edad de los diez y siete años la palabra "marxismo" no me era familiar, y los términos "socialdemocracia" y "socialismo" parecíanme ser idénticos. Fue necesario que el destino obrase también sobre este concepto aquí abriéndome los ojos ante un engaño tan inaudito para la humanidad.

Si antes había yo conocido el partido socialdemócrata sólo como espectador en algunos de sus mitines, sin penetrar no obstante en la mentalidad de sus adeptos o en la esencia de sus doctrinas, bruscamente debía entonces ponerme en contacto con los productos de aquella "ideología". Y lo que quizás después de decenios hubiese ocurrido, se realizó en el curso de pocos meses, permitiéndome comprender que bajo la apariencia de virtud social y amor al prójimo se escondía una podredumbre de la cual ojalá la humanidad libre a la tierra cuanto antes, porque de lo contrario posiblemente sería la propia humanidad la que de la tierra desapareciese.

Fue durante mi trabajo cotidiano en el solar donde tuve el primer roce con elementos socialdemócratas. Ya desde un comienzo me fue poco agradable aquello. Mi vestido era aún decente, mi lenguaje no vulgar y mi actitud reservada. Mucho tenía que hacer con mi propia suerte para que hubiese concentrado mi atención en lo que me rodeaba. Buscaba únicamente trabajo a fin de no perecer de hambre y poder así, a la vez, procurarme los medios necesarios a la lenta prosecución de mi instrucción personal. Probablemente no me habría preocupado de mi nuevo ambiente a no ser porque al tercero o cuarto día de iniciarme en el trabajo, se produjo un incidente que me indujo a asumir una determinada actitud. Se me había propuesto que ingresase en la organización sindicalista. Por entonces nada conocía aún acerca de las organizaciones obreras y me habría sido imposible comprobar la utilidad o inconveniencia de su razón de ser. Cuando se me dijo que *debía* hacerme socio, rechacé de plano la proposición, expresando que no tenía idea de lo que se trataba y que por principio no me dejaba imponer nada.

En el curso de las dos semanas siguientes alcancé a empaparme mejor del ambiente, de tal suerte que poder alguno en el mundo me hubiese compelido a ingresar en una agrupación sindicalista, sobre suyos dirigentes había llegado a formarme entre tanto el más desfavorable concepto.